



Había una vez un gato que se llamaba Calcetines. Le gustaba imaginarse que estaba en un mundo donde los gatos eran apreciados y distinguidos por los humanos. Él era un escultor y la ayudante de su estudio se llamaba Estrella.

Un día en la ciudad, cuando el gato iba de camino a su estudio, detrás del árbol del parque vio un saquito. Dentro había unas piedras planas en forma de cuadrado. En ese momento su pequeña cabeza empezó a imaginar lo que podría hacer con aquellos cuadraditos tan pequeños. Fue rápidamente a su estudio con el saquito en la mano. En una superficie plana extendió los cuadritos de distintos colores. Él sabía que esa técnica artística se le daba muy bien y podía hacerlos de cualquier manera. Cogió un recorte de una revista y empezó a hacer un **mosaico**. Antes de acabarlo entró Estrella su bonita y querida ayudante y le dijo:

- ¡Buenos días Calcetines! Tienes una visita de un comerciante inglés.

- Por favor, dile que pase a mi despacho que enseguida voy yo. El mosaico policromado que creó tendría que esperar un rato. El entró en su despacho y saludó al comerciante que le dijo que quería comprarle unas obras suyas de gran valor artístico. El pequeño gato se opuso rotundamente. En aquel momento entró Estrella para servirles unas tazas de café. El gato comerciante se fue con el rabo entre las patas.

Durante varios días Calcetines no salió de su estudio porque quería acabar su precioso **mosaico policromado**.

Al final el pequeño gato se hizo rico vendiendo las obras a los museos y galerías de arte. Lo que no vendió fue ese mosaico policromado que **creó** en su viejo estudio de la ciudad donde los gatos eran apreciados en su mundo imaginario.

